



## Sensación de cuerpo extraño

Santiago Toral Reyes

Era la décima consulta del día, pero el entusiasmo de viernes por la tarde era capaz de paliar el cansancio de la semana. No era fácil atender pacientes en una habitación interior de cuatro metros cuadrados. El único contacto de Aída con el mundo, durante ocho horas, eran sus propios pacientes, a algunos de los cuales podía identificar con tan solo mirarles los ojos. Sabía de sus conjuntivitis, glaucomas, cataratas, úlceras en la córnea. A sus cuarenta años podía diagnosticar 'al ojo', aunque había que seguir el protocolo médico. Elaborar la historia clínica del paciente si era su primera vez en el centro de salud, escuchar las molestias oculares que presentaba, realizar preguntas para descartar una dolencia de otra, trasladarlo a la unidad oftalmológica para examinar sus ojos. Aunque era tentador caer en una rutina, Aída se esforzaba por sentir a cada paciente como un ser especial. Durante esos veinte minutos de consulta, olvidaba su matrimonio fallido de hacía diez años, al hijo que entraba a la adolescencia y a la madre que se perdía en las telarañas del Alzheimer. Más que nunca necesitaba ese trabajo en aquel centro de salud privado que le garantizaba un buen flujo de pacientes. La tranquilidad económica, luego de años como oftalmóloga independiente, finalmente había llegado.

El décimo paciente del día tardó unos minutos en llegar. Aída esperó al pie de su consultorio con la calma que le daba el saber que restaban solo dos pacientes más. Aprovechó para mandar un mensaje a la enfermera que cuidaba de su madre para saber novedades. Mientras respondía, entre los pacientes y médicos que circulaban por los pasillos, apareció finalmente Danilo Contreras. Tuvo la cautela de acercarse despacio, un poco cabizbajo por la demora de cinco minutos y también por la vergüenza que le producía exhibir sus ojos hinchados. Había querido ponerse gafas oscuras para sentirse menos infeccioso, pero las había olvidado en el taxi. Aída sintió su presencia y lo invitó a pasar. Era un nuevo paciente y no pudo ver sus ojos de entrada, sólo una cabellera castaña despeinada



que caía hasta sus hombros. Aída cerró la puerta y como le suele pasar con la primera consulta, intentó ocultar su tensión con un aire serio y quizás demasiado correcto.

Danilo tenía 30 años y trabajaba como fotógrafo independiente. Desde hacía unos cinco días sentía una molestia en los dos ojos. Primero había comenzado con un leve ardor en el ojo izquierdo y al día siguiente, al despertarse, se dio cuenta de que lagrimeaba en exceso. Siguió con su trabajo regular detrás de la cámara en una sesión fotográfica en exteriores, cenó con unos amigos en Urdesa y al otro día se levantó alarmado sintiendo sus dos ojos en llamas. Se miró al espejo y se encontró con los párpados hinchados y los ojos ligeramente rojos. No le había dado mucha importancia al asunto debido a que con el paso de las horas, los párpados volvieron a la normalidad y aunque sentía un leve ardor, la conjuntiva de los ojos seguía blanca. Terminó una sesión de fotos con una animadora de televisión y ya por la noche, según le contó, antes de dormir se sintió invadido por tierra detrás de los ojos. Sensación de cuerpo extraño, dijo Aída casi en un susurro, mientras anotaba lo que consideraba relevante en una hoja en blanco. A Danilo le llamó la atención la descripción de la sensación de tierra y siguió relatando que se puso un colirio que tenía en casa pero no mejoró el panorama. Al otro día, con los ojos rosados concluyó que debía tener conjuntivitis.

Aída guardó silencio como si esperara que Danilo dijera algo más sobre sus síntomas. Él no agregó nada más para que ella diera el siguiente paso dentro del diagnóstico. Alzó la mirada, incómodo. Aída se asustó al ver sus ojos inyectados de sangre. La conjuntiva colorada no permitía distinguir las venitas porque todo se extendía como una alfombra roja de fluidos. Pero más que el susto de la conjuntivitis colonizando los ojos, fijó su mirada en los iris turquesas, impolutos, cristalinos que contrastaban con el mar rojo donde navegaban los adenovirus. Hubiera podido quedarse contemplando la yuxtaposición del turquesa y el rojo dentro de ese cuadro impresionista.

[ Nunca había visto una conjuntivitis tan hermosa. ]

Danilo le pareció guapo, pero más que eso sentía una atracción hacia los ojos, como si los adenovirus hubieran hecho una obra de arte dentro de esas estructuras almendradas. Quiso ver el lienzo de más cerca, por lo que le pidió que se sentara en la unidad oftalmológica (lo que los pacientes llaman vulgarmente la máquina para examinar los ojos) y agarró un colirio anestésico. Mire para arriba, le dijo ella. Una gota en cada ojo acompañada de un leve parpadeo automático. A los pocos segundos Danilo sintió alivio acompañado de una ligera pesadez. Aída atrajo hacia él la lámpara de hendidura, en la que tenía que colocar su mentón y frente para que su rostro quedara uniforme y encajado. Aída sacó de la unidad oftalmológica una especie de brazo con binoculares desde donde podía observar los ojos de Danilo. Aunque la luz era molesta, los ojos anestesiados no evidenciaban reacción. Estaban ahí listos para ser observados. Aída se mantuvo en silencio, miró un ojo cada vez. Tanta era la inflamación que no pudo determinar si en efecto se trataba de una conjuntivitis por adenovirus, aunque su intuición profesional le indicaba que eso era. Se tomó unos segundos de más para observar cada iris. El turquesa de los ojos, ahora visto más de cerca, se descomponía hacia el interior en una tonalidad amarillenta mientras que la intensidad verdosa iba en aumento a medida que se separaba más de la pupila. Pudo constatar además que el ojo derecho era de un turquesa un poquito más brillante que el izquierdo, pero eso pasaría inadvertido a simple vista. De buena gana le habría tomado una foto a cada ojo, habría alegado que era necesario para llevar un registro, para ver la evolución en la siguiente cita. Danilo no sospecharía nada raro en que fotografiara sus ojos. Sin embargo, Aída se contuvo, se creía capaz de capturar esos ojos en su propia retina. Prefirió entonces alcoholizar, a modo de desinfectante, la lámpara de hendidura y sus manos.

De vuelta al escritorio, Aída realizó su prescripción. Es conjuntivitis en fase dura, necesitas descansar, ¿estás en relación de dependencia? ¿necesitas un certificado? Aída se sorprendió por haberlo tuteado, cosa que no hacía con ningún paciente. No, contestó él, con una voz pequeña, como si de repente se sintiera culpable por ser un freelancer. Aída regresó su mirada al monitor mientras tecleaba con fuerza los medicamentos que debía colocarse Danilo en los ojos. Una gota de Tobramicina cada cuatro horas por diez días en ambos ojos, una gota de fluorometolona cada ocho

horas por quince días en ambos ojos y una gota olopatadina de 0,2% cada ocho horas por quince días. Aída imprimió la orden y Danilo la leyó rápidamente tratando de entender esos nombres químicos cercanos al sánscrito. De inmediato Aída le describió cada uno de los medicamentos y para evitar una confusión en las combinaciones de horas, le escribió detrás de la receta las horas exactas a las que debía ponerse cada gota. Danilo sonrió agradecido, sus ojos se achinaron levemente. El turquesa se redujo, se le aguaron los ojos por el esfuerzo de la sonrisa y aunque tuvo la tentación de pasarse un dedo por los párpados para desbordar los lacrimales, decidió no hacerlo. Seguramente Aída no aprobaría esa indelicadeza y le daría una reprimenda por restregarse los ojos con unas manos que han tocado tantas cosas a lo largo del día. Antes de irse, a modo de curiosidad, Danilo le preguntó por qué le había caído dicha virosis, si no había estado cerca de alguien con conjuntivitis. Es la estación, sentenció la doctora. Época de lluvias, mosquitos, proliferan más los virus, aunque no haya epidemia por el momento, es típico de estos meses. Danilo pareció quedar satisfecho con la respuesta. Guayaquil de diciembre a abril es un sauna en el que llueve casi todos los días pero nunca se logra bajar la sensación de calor. Es la época de las gripes, del dengue, de los grillos, del olor a tierra mojada y de los cerros verdes en high definition. Danilo prefería la estación menos calurosa, la época de mayo a noviembre que en Guayaquil paradójicamente llamaban verano y en la que por las noches, con unos bajísimos veintidós grados, podía improvisar una Nueva York tropical poniéndose pullover y bufanda.

Aída le recomendó que descansara, que cerrara los ojos para que los medicamentos surtieran efecto más rápido. Danilo la escuchaba con evidente placer. A pesar del malestar, se fijó que Aída era una mujer atractiva. Debía tener con seguridad algún ancestro indígena que se evidenciaba en su largo pelo negro liso y en sus pómulos amplios. Algo de ella le recordó a la actriz brasileña Glória Pires, a quien había visto tantas veces en las telenovelas que pasaba Ecuavisa. Solo en ese momento se dio cuenta de que le gustaba Glória Pires y que también le gustaba Aída.

Aída habría seguido hablando de la conjuntivitis por adenovirus, del clima guayaquileño, de los pormenores de un buen reposo pero tenía a su undécimo paciente esperándola afuera. Le extendió su mano a Danilo y le dijo, mientras volvía a contemplar sus iris turquesas, que lo esperaba dentro de dos semanas.

Cuando Danilo regresó a la consulta, la conjuntiva había recuperado su blancura y había poca presencia de papilas en la parte baja detrás de los párpados, según notaba Aída. Danilo se veía entusiasmado, había hecho fotos para dos matrimonios, volvía a confiar en sus ojos pues ya la luz de la pantalla para editar no le molestaba. A Aída le causó gracia la mirada de Danilo, ahora más juguetona, más infantil que en la primera consulta, pero había perdido ese contraste rojo/turquesa del que ella no pudo desprenderse durante esas dos semanas. De hecho, había contado los días de la última semana y entraba al sistema a consultar si Danilo Contreras había confirmado la nueva cita. Cuando lo hizo, Aída organizó todo para no ser interrumpida por un paciente posterior. Pidió permiso para ausentarse ese día luego de la consulta, para que de esa manera no hubiera ningún turno después. Ahora sus ojos estaban más brillantes como resultado del conjunto de colirios, pero al desaparecer el rojo de la conjuntiva sus iris turquesas eran un color más común, más humano. Se sintió un poco defraudada, de modo que luego de observarlo con la lámpara de hendidura, le prescribió dos colirios nuevos de uso delicado.

Dos colirios que garantizarían, de ser posible, una hemorragia ocular.

El trabajo de los colirios sería progresivo, casi imperceptible. Todo empezaría con un lagrimeo constante, una urgencia por llevarse las manos a los ojos, una ligera picazón que terminaría enrojeciendo e hinchando la conjuntiva. Todo debía suceder en dos días como máximo, así que Danilo desesperado y angustiado, sacaría una nueva cita con ella y él con los ojos inyectados de sangre regresaría, como un niño perdido en busca de calor, de un abrazo, de una mirada.

Aunque en ese momento Danilo no le inspiraba el mismo entusiasmo de antes, Aída encontraba en sus ojos turquesas un oasis frente a los días pesados que llevaba. Su madre había tenido episodios de violencia con la enfermera, su expareja estaba por contraer matrimonio el mes

siguiente y había descubierto marihuana en la mochila de su hijo. Solo los ojos turquesas enrojecidos lograban centrarla. Pensar en esos ojos que la miraban con una rara mezcla de súplica y alegría, le hacían creer que pese a todo, valía la pena tener a Danilo cerca. No podía desaprovechar ahora esa oportunidad de conocerlo más, de saber cómo hacía ese trabajo con las fotos.

Entusiasmado por la curiosidad de la doctora, Danilo le mostró algunas fotos de su portafolio desde su celular. A Aída le gustó ver los retratos y paisajes que fotografiaba Danilo. Miró las fotos con detenimiento y por un momento, se sintió culpable por lo que iba a hacer. Danilo la contempló unos segundos y si no hubiera sido por el escritorio que los separaba, la habría besado con fuerza. Le habría dado un beso de telenovela muy digno de Glória Pires, aunque sin bossa nova de banda sonora. Aída sostuvo su mirada, se adentró en los ojos de Danilo, sintió el deseo primitivo de esos ojos que la desnudaban en la imaginación. Se asustó, pensó en su madre, pensó en su hijo. Se recriminó por cobarde. Lo verás de nuevo, pensó, tranquila.

Tres días después llegó Danilo a la consulta. No había separado turno porque decidió, mientras estaba cubriendo un evento, que debía ir directamente al consultorio por el retroceso del tratamiento. Esperó una media hora rogando que no llegara ningún otro paciente. Repasó mentalmente sus últimos días tratando de encontrar una explicación lógica para el regreso de la conjuntivitis. Se recriminó porque un día demoró media hora en aplicarse uno de los colirios. Pensó que seguramente se había restregado los ojos con las manos y estas infectaron el ojo. Había tratado de no pensar en la involución del tratamiento y siguió aceptando trabajos de fotografía. Era cada vez más difícil mirar por el visor, calcular el diafragma, la obturación. Su carácter se había vuelto irritable. Su asistente, un joven estudiante de fotografía, cargó con insultos sin entender bien

qué sucedía. Se lo atribuyó a que la conjuntivitis de su jefe no se había ido del todo, pero no se atrevió a hacerle ningún comentario.

Durante esos días Danilo se miraba compulsivamente frente al espejo. Quería controlar de cerca el avance —o más bien el retroceso— de sus ojos. Cuando se encontraba en la calle o en alguna sesión, activaba la cámara de su celular en modo selfie y se tomaba una foto para mirar qué tan rosácea estaba la conjuntiva. Su desesperación la tragaba en silencio. Habría querido tener el número personal de Aída para llamarla y contarle lo angustiado que estaba. El sueño también se había visto afectado. Se despertaba a mitad de la noche con los párpados inflamados y los ojos pegados supurando una baba amarillenta. La única solución era volver a ponerse los nuevos colirios, mientras repetía mentalmente que esos medicamentos iban a matar esos bichos, que debía tener fe, mantenerse positivo.

Al llegar al centro de salud, Danilo se había puesto gafas oscuras, avergonzado por los ojos llorosos y adoloridos. No quería infundir pena ni miedo y las gafas además le daban un cierto aire sofisticado. Atlético, de pelos revueltos, barbita cuidada, con pantalón entallado, camiseta estampada con gafas era una imagen muy hípster, bastante lejana de la conjuntivitis hemorrágica.

Danilo paga la consulta en caja y entra sin ser anunciado en el consultorio de Aída. Ella se pone de pie sin saber bien por qué. Se da cuenta de que tienen casi la misma altura, al menos en ese momento mientras tiene puestos los zapatos de tacón. Antes de pronunciar alguna palabra, Danilo casi con rabia se saca las gafas y le muestra sus ojos como un trofeo. Aída quiere sonreír pero se contiene. Sus iris turquesas son dos esferas perfectas que flotan en un cosmos enrojecido. De pronto tiene sentido para ella cuando los astrónomos hablan de “cuerpos celestes”. Una galaxia entera vive en los ojos de Danilo. Puede darse cuenta de las pequeñas venitas inflamadas que flotan con nostalgia sobre la conjuntiva rosada. Al mirar cada detalle de los ojos, se da cuenta de que Danilo quiere llorar y no como reacción química (aunque también), sino por el

terror de nunca volver a tener sus ojos de antes. Danilo siente que vivirá para siempre con esa arenilla circulando por sus ojos, con ese cuerpo extraño penetrando su mirada.

Aída agarra su colirio anestésico, le pide que se siente, ve las gotas entrando en contacto con las lágrimas retenidas en los iris turquesas, el parpadeo automático, la cara encajada sobre la lámpara de hendidura, la luz en los ojos, la pupila dilatada, los adenovirus flotando, las manos de Danilo hechas puño. Aída sonríe detrás de la lámpara, como seguramente Danilo sonríe detrás de la cámara cuando retrata a una modelo. Sabe que ese espectáculo tiene corta vida, así como las estrellas fugaces, pero también sabe que mientras duran esos instantes se vive una eternidad. Se siente una astronauta ingrávida que busca develar el secreto de esa galaxia ocular. Tiene una visión, un deseo primigenio: retira la lámpara de hendidura y le da un beso en los labios. Su boca se siente cálida, lo que le hace pensar que así como ella, Danilo no ha besado a nadie en mucho tiempo.